

MANUEL C. DÍAZ Y DÍAZ

JOSÉ MANUEL DÍAZ DE BUSTAMANTE
Universidad de Santiago de Compostela

Dos años ya...

Me ha pedido Francisca Moya que escriba algo sobre mi padre a punto casi de cumplirse dos años de su muerte. Y, aunque la petición me desasosiega y me entristece, creo que no podía decirle que no, porque me lo pedía, sin duda, desde el corazón.

A dos años vista, sigo sintiéndome feliz al haber podido leer una cantidad grande de necrológicas y de reseñas dedicadas a él y a glosar su figura y su obra. He leído cosas muy hermosas y muy reconfortantes, escritas con cariño y con devoción por muchos amigos suyos, colegas, discípulos y también por espontáneos, así que no voy a intentar hacer nada más que dejar que fluya lo que se me ha ido ocurriendo acerca de algunos aspectos más “domésticos”.

En un homenaje muy emotivo que la Fundación Pastor dedicó a su memoria, se me ocurrió contar una historia que creo que ilustra especialmente bien su excepcional paciencia, y también su bondad (debidamente camufladas ambas tras los cristales oscuros e inquietantes de sus gafas). La historia es como sigue: en el otoño de 2007, un par de meses antes de su ingreso en el hospital, Argos, mi perro, decidió comerse y reducir a palitos un camelio al que yo tenía especial cariño.

Mi primera reacción fue la de reñirle duramente y castigarlo pero, como Abrahám cuando iba a sacrificar a Isaac, algo me detuvo... Una voz que no venía del Cielo, sino de dentro de mí me decía: “¿vas a castigar a un cachorro alocado y revoltoso por algo que no puede comprender? ¿tan pronto te has olvidado de los aviones de cartulina?”

Me di media vuelta, hice que no me enteraba y salí del jardín. Al cabo de un rato Argos había desenrollado también una manguera, había cavado un agujero en el césped y me miraba satisfecho esperando mi aprobación a su incesante laboriosidad.

No pude reñirle. Me limité a recoger la manguera y ponerla a relativo buen recaudo. Los avioncitos de cartulina seguían haciendo piruetas en mi cabeza.

Hace más o menos medio siglo, cuando tenía siete u ocho años, una sinusitis aguda me recluyó en casa durante quince días largos, larguísimos, lentos, tediosos...

Para evitar lo inevitable, mi padre me dio un montón de fichas de cartulina usadas para que me dedicara a uno de mis pasatiempos preferidos, recortar con tijera figuras de todo tipo, muñecos y todas esas cosas. Se pueden imaginar que, armado con mis tijeras de punta roma regalo de María Teresa “Ruipérez”, me entregué con mucho entusiasmo a recortar pajaritos, animales... avioncitos.

Eran épocas en las que la propaganda norteamericana nos invadía con fotos de inmensas flotas aéreas surcando los cielos de Corea, y yo tuve la necesidad imperiosa de recortar un portaaviones con una caja de zapatos y enormes cantidades de aviones de caza y bombarderos: las fichas de mi padre eran estupendas... Cuando se me acabaron, fui a buscar más, porque sabía que había cajas enteras llenas de ellas, y eran todas igualitas; estaban escritas, pero no me importaba: era la pintura de camuflaje. Tras dos o tres días de actividad febril, quise enseñarle a mis padres el producto de mis esfuerzos, del que yo estaba muy, pero que muy orgulloso...

Recuerdo que cuando vio mi descomunal fuerza aérea a mi padre se le mudó la expresión... vaciló un instante (le gustan tanto que se ha quedado sin palabras, pensé yo) y, por fin sonrió, y me dijo: “Una preciosidad, hijito, una preciosidad: quiero conservarlos yo”.

Me quedé feliz y contento, y sólo muchos años después supe (y pude comprender) que me había cargado casi dos años enteros de trabajo en el *Thesaurus Linguae Latinae* preparando un esbozo de diccionario de latín medieval hispánico. Un diccionario que, tras mi intervención, nunca llegó a prepararse. Supongo que esta prueba de estoica paciencia puede ayudar a comprender mejor al ser humano que se refugiaba tras unas gafas negras y un bigote tupido para no dejar ver que era muy tímido, y que se sentía más cómodo entre códices que entre la gente.

A mí siempre me impresionó mucho esta paciencia y una indiscutible capacidad para superar las adversidades o, al menos, para sobreponerse a reveses de todo tipo: en los años setenta, y por complacer a mi madre, se embarcó en una aventura agropecuaria (ajena por completo a sus habilidades) que se vio truncada por una sucia maniobra de especulación de ciertas entidades crediticias, que consistió en hundir financieramente las empresas hortofrutícolas que habían propiciado previamente, y en las que mi padre se apoyaba para comercializar su producción de melocotones... al hundimiento de la empresa, se unió una climatología adversa, y el resultado fue ruinoso: apenas una caja de fruta. Mi padre, sin turbarse lo más mínimo, escogió el más hermoso de los supervivientes y, de vuelta a casa, hizo que mi madre se sentara a la mesa y le dijo: “Quiquina, vamos a darnos el gustazo de comer un melocotón de quince millones de pesetas, y que nos aproveche!” Séneca se habría sentido orgulloso de él, sin duda.

Paciencia y *sophrosyne*, cierto. Pero sobre cualquier otra cosa (y para mí es lo más característico de su persona) la más increíble curiosidad por todo lo habido y por haber: en los últimos cinco o seis años de su vida estuvo interesadísimo en las posibilidades de las cámaras multiespectrales, con las que se había puesto en contacto gracias a un seminario sobre palimpsestos al que lo había invitado Ángel Escobar en Zaragoza. Desde entonces, y hasta casi tres o cuatro días antes de morir, estuvo dándole vueltas a cómo se debería hacer un estudio de todos los testimonios de escritura visigótica hispánica, digitalizando sistemáticamente, en todas las longitudes de onda imaginables y en un amplio abanico espectral, folios, líneas, palabras y letras para entender exactamente el procedimiento del hecho material de escribir y observar los trazos de cada letra hasta sus componentes más insignificantes.

Habría querido, me dijo muchas veces, penetrar hasta los recovecos espectrales, de lo infrarrojo a lo ultravioleta, de la caligrafía de Vigilano, de Petrus y, sobre todos los demás, de Sampiro; estaba convencido de que sería revolucionario... pero no tenía ya la vista para bromas, y la muerte lo detuvo cuando intentaba convencerme a mí de que llevara a la práctica su idea. No voy a hablar de su fascinación por la informática y el mundo de la computación, porque es tal vez un aspecto suyo muy conocido, a ella se dedicó con entusiasmo desde los primerísimos años setenta, codeándose con físicos y matemáticos y llegando a ser él, ¡uno de Latín! el primer director del Centro de Cálculo de la Universidad de Santiago.

Y al hilo de esta pasión suya por el cálculo y la teoría de números, creo que podría ser oportuno recordar su poco conocida faceta de tertuliano: devoto de sus amigos y aficionado como pocos a la discusión *de omni re scibili*, encontraba siempre tiempo para participar en las reuniones de varias tertulias “multidisciplinarias” en las que se cultivaba el arte de charlar y debatir con calma y con sosiego de todo lo divino y lo humano.

¿Qué más puedo decir? Desde que ingresó en el hospital, del que ya no salió con vida, se dedicó a escribir, como siempre, pero se vio obligado a hacerlo al dictado y tuve el placer de verlo rematar, dictándomelos al ordenador, algunos trabajos que tenía montados, y poner el punto final a un estudio codicológico sobre el *Tumbo A* de la Catedral de Santiago. Como si la enfermedad le fuera ajena, se dedicaba a trabajar y a atender visitas, hasta el punto de que a las enfermeras y a los médicos los traía locos, porque no entendían que alguien pudiera divertirse haciendo cosas tan raras. No obstante, a la semana de estar ingresado, unos y otras se acercaban a su habitación para consultarle las cosas más peregrinas.

Era consciente, y así lo señalaba, de que al publicar en León su Valerio del Bierzo había logrado cerrar el círculo de su trabajo científico; pero daba la

impresión de andar buscando cabos sueltos o, por decirlo así, cuentas pendientes con su profesión: el día 1 de febrero, tres días justos antes de morir, me preguntó de repente: “¿Te acuerdas de que en Salamanca te había enseñado a hacer operaciones aritméticas en cifra romana?”, “Claro”, le dije. “¿Y sigues acordándote de cómo se hace”, “Por supuesto”, contesté. “Pues hijo, ya sabes: tienes que enseñárselo a quienes puedas, porque yo no tengo ni idea de cuántos sabrán hacerlo todavía, y no hay forma de entender a los *gromatici* sin eso”. Genio y figura.

No sé qué pensar: este par de años le he dado vueltas y más vueltas a estas y otras muchas conversaciones, y me pregunto si puede haber mayor felicidad que morir con las botas puestas, corrigiendo pruebas de imprenta, dictando trabajos y previendo, tal vez, las necesidades o las carencias de los estudiantes post-bononienses.